

CAPÍTULO V

Derecho del trabajador según la Revolución.—Carta
del Trabajo: Ley de Justicia

LA FRANCMASONERÍA

XXIX

En 8 de Enero de 1847 fuimos recibidos francmasones, en el grado de aprendices, en la logia *Sinceridad, Perfecta Unión y Constante Amistad*, Oriente de Besançon.

Como todo neófito, hubimos de responder, antes de recibir la luz, á las tres preguntas de rúbrica:

«¿Qué debe el hombre á sus semejantes?»

«¿Qué debe á su país?»

«¿Qué debe á Dios?»

A las dos primeras contestamos, poco más ó menos, lo que todos; á la tercera replicamos esta palabra: la GUERRA.

Justicia á todos los hombres.

Abnegación por su país.

Guerra á Dios, es decir, á lo Absoluto.

Tal fué nuestra profesión de fe.

Pedimos perdón á nuestros respetables hermanos por la respuesta que les causó esta rotunda frase, especie de mentís lanzado contra el lema masónico, que reproducimos aquí sin ironía: A LA GLORIA DEL GRAN ARQUITECTO DEL UNIVERSO.

Introducidos, velados los ojos, en el santuario, se

nos invitó á explicar ante los hermanos lo que entendíamos por la guerra á la Divinidad, entablándose á este propósito una amplia discusión que las conveniencias masónicas nos impiden narrar. Quienes conocen nuestras *Contradictions économiques*, y hayan leído nuestros *Estudios de filosofía práctica* (1), pueden formarse ideal cabal de las muy sólidas consideraciones sobre las que fundamentábamos entonces y basamentamos todavía hoy nuestra opinión. El antiteísmo no es el ateísmo; días vendrán en que el conocimiento de las leyes del alma humana, de los principios de la Justicia y de la razón, justificará esta distinción, muy profunda siquiera parezca pueril.

Era imposible que, en la sesión de 8 de Enero de 1847, se comprendiesen el recipiendario y los iniciados.

Ni nosotros podíamos discernir el alto ideal de la francmasonería, no habiendo visto los emblemas, ni nuestros nuevos hermanos podrían reconocer su dogma fundamental bajo una expresión blasfema que atentaba contra los hábitos del lenguaje vulgar y contra todo el simbolismo religioso.

Entristecidos los espíritus, la ceremonia siguió su curso.

Después de haber sufrido las pruebas, y desvendados los ojos, nos vimos rodeados de nuestros hermanos, revestidos de sus insignias, asestando sus espadas contra nuestro pecho; reconocimos los sacros emblemas; ocupamos nuestro sitio entre los adeptos, y el orador de la logia, venerable hermano P ***, de noventa y cuatro años de edad (en la fecha actual, Mayo de 1860), decano de todos los masones del globo, pronunció el discurso de nuestra recepción. Vaya á él nuestro testimonio público de gratitud y respeto.

¡Ah! nos preguntará el lector, ¿qué habéis visto en esa famosa masonería, de misterios tan terribles, contra la que el abate Barruel vomita tantas injurias en su

(1) *Amor y matrimonio.—El Estado. La dignidad personal.—Pobres y ricos.—La sanción moral. La Justicia. Catecismo político.—La Educación. El Trabajo*, ed. Sempere, Valencia.

Histoire du Jacobinisme, y que el abate Proyart y otros acusaron de ser la causa de la Revolución?

He aquí lo que hemos visto. Las sociedades masónicas, organizadas bajo la inspección del poder y el patronato de elevados dignatarios, no tienen secretos. Sus fórmulas de salutación, sus términos cabalísticos, sus signos y actos han sido publicados, corren de mano en mano, nadie los ignora. Respecto á su doctrina, desde que la tolerancia es para todos un principio de derecho público, y el deísmo un apeadero para quienes han renunciado la religión de sus padres, cabe decir que ha entrado en la circulación general. El silencio recomendado á los hermanos, en otros días de suprema importancia bajo un régimen de derecho divino, no afecta hoy realmente más que á las gestiones administrativas de la sociedad, las recomendaciones, las obras de beneficencia y los asuntos personales.

Empero sobre el deísmo y la tolerancia que hace setenta y cinco ú ochenta años encubrían tan cuidadosamente las logias y que integran todavía hoy la esencia de su enseñanza oficial; por cima de esa liturgia que no tiene otro mérito que el de excitar la curiosidad de los profanos, hay una filosofía superior que no se comunica, supuesto que es letra muerta para todo el mundo y que podemos revelar, por consiguiente, sin faltar al juramento masónico; ya que la hemos entendido sólo por nuestro propio esfuerzo, siquiera ella integre, en nuestra opinión, el verdadero misterio, el dogma glorioso y fundamental de la francmasonería.

Confiamos que todas las logias de Francia y del extranjero acogerán benévolamente, sin aprobar ni desaprobar, esta exposición. Nuestros venerables comprenderán que semejantes ideas, permaneciendo en secreto, podrían implicar ciertos peligros para la asociación que representan, y que es útil á ésta que el público sepa de principios cuya falsedad, á ser erróneos, siempre puede afirmar, empero cuyo honor es plenamente suyo, á reclamarlos la conciencia universal.

ANTICONCEPTUALISMO MASÓNICO.—IDEA DE DIOS

XXX

Toda doctrina religiosa, ó así titulada, se caracteriza por el concepto metafísico sobre el cual se basa.

La teología más remota se fundamentaba sobre la idea de *substancia*, abocando, como la filosofía de Spinoza, al panteísmo. Ahora bien; ¿qué es la substancia? Lo que el entendimiento concibe como sostén ó *substratum* de los fenómenos, pero que, escapando á los sentidos, impenetrable al conocimiento, es para la razón como una simple hipótesis de la lógica, una concepción.

En la teología israelita predominó la noción de *causa*, fuerza, potencia, virtualidad. Su Dios, *ronach elohim*, soplo divino ó espíritu de las fuerzas, por otro nombre *Jehová*, potencia, es un principio diferente de la materia, que El crea, anima, modifica, por su acción soberana. Mas ¿qué es la causa, ó la fuerza, en sí? Una hipótesis del entendimiento, algo ultrafenomenal, una concepción. Como par del substancialismo de Spinoza, habemos el dinamismo de Léibnitz.

La teología cristiana erige sobre estos dos conceptos, substancia y causa, el de Inteligencia ó *Verbo*. De aquí el gobierno de la Providencia y el reinado de las almas, con la congruente economía religiosa y social. Empero ¿qué es un alma? ¿Qué es esa entidad, que Descartes define, por una expresión contradictoria, *substancia inmaterial*? Una ficción del pensamiento, es decir, siempre un concepto.

El conceptualismo, la negación de toda fenomenalidad, en otros términos, la afirmación de lo Absoluto: he aquí el carácter fundamental de todas las antiguas doc-

trinas religiosas, digámoslo de una vez, la condición *sine qua non* de toda teología.

Muy otra es la teología de los francmasones, y por ende, su teodicea. Surge de conceptos ontológicos, basamentándose sobre una idea positiva, fenomenal, sintética, eminentemente inteligible: hemos nombrado la idea de *relación*. Y pareciendo participar, por su generalidad, de la naturaleza conceptualista de las nociones precedentes esta voz de relación, la razón masónica desvanece toda duda á este propósito concretando y definiendo su principio bajo la expresión de EQUILIBRIO.

Tal significa, para quien quiere entenderlo, el triple emblema, erigido más tarde en enseña de la Revolución: *Plomada, Nivel, Escuadra*.

El equilibrio: he aquí una idea *real*, que se ve, se comprende, se analiza, que no deja tras de sí ningún misterio. Toda relación implica dos términos en ecuación: relación y equilibrio, pues, son sinónimos; no cabe dudarlos.

La francmasonería deduce de la idea de relación ó de equilibrio su noción del ser divino.

El Dios de los masones no es Substancia, ni Causa, ni Alma, ni Mónada, ni Creador, ni Padre, ni Verbo, ni Amor, ni Paráclito, ni Redentor, ni Satán, nada de lo que corresponde á un concepto trascendental: aquí hácese caso omiso de toda metafísica. Es la personificación del equilibrio universal: Dios es el *Arquitecto*: él maneja el compás, el nivel, la escuadra, el martillo, todos los instrumentos de trabajo y medición. En el orden moral es la Justicia. He aquí toda la teología masónica.

Por lo demás, ni altar, ni simulacros, ni sacrificios, ni preces, ni sacramentos, ni gracias, ni misterios, ni sacerdocio, ni credo, ni culto. La francmasonería no es una iglesia; no se fundamenta sobre un dogma y una adoración; no afirma nada que la razón no pueda comprender claramente y no respeta más que la humanidad. Puede, pues, ingresar en su seno, cualquiera que sea la religión que profese, quien ame la verdad, practique la Justicia y auxilie á sus semejantes, sea la que fuere la comunión religiosa en que éstos figuren.

Precisará ser estupendamente *pobre de espíritu* para no advertir que este racionalismo tolerante, fundamentado sobre el desprecio de toda teología y sobre la sustitución del concepto metafísico por la idea positiva, real y formal, es la misma negación del elemento religioso, reemplazado en la conciencia del francmasón por la justicia.

La teología de la logia, en una palabra, es la antítesis de la teología. Tal indica la oposición del lema masónico *A la gloria del gran Arquitecto del Universo*, al de los jesuitas *Ad majorem Dei gloriam*, «Para la mayor gloria de Dios», es decir, de lo Absoluto, esto es, del Absolutismo.

No insistiremos más acerca de este anticonceptualismo de la enseñanza masónica para demostrar cómo, declarando la guerra, según nuestra expresión quizá poco afortunada, á todos los dioses substanciales, causativos, verbales, remuneradores y redentores, *Elohim, Jehová, Allá, Christos, Zeus, Mithra*, etc., nos hallábamos de acuerdo, sin saberlo, con el pensamiento inconsciente de la francmasonería.

También nosotros—hubiéramos podido decir á la respetable asamblea—; también nosotros afirmamos, como idea soberana y reguladora en las edades futuras, la Relación, el Equilibrio, el Derecho. También nosotros reputamos como simples instrumentos dialécticos, subordinados á esta idea, los conceptos de substancia, causa, espíritu, materia, alma, vida; también nosotros somos partidarios de la justicia gratuita, sin recompensa. Explicado esto, y deseando no enojar á nadie, consentimos en glorificar con vosotros, hermanos queridos, al gran ARQUITECTO, inmanente en la humanidad, y cuyo luminoso triángulo, más caro para nosotros que el nombre de Jehová, que habéis inscrito en él, nos ha revelado todas estas cosas.

He aquí la *teología*, ó filosofía especulativa, de los francmasones. Resúmese, fácil es notarlo, en la preponderancia de la idea sensible é inteligible sobre el concepto metafísico y absolutista, idea cuya representación más completa es el equilibrio. Es una continuación de

las antiguas teologías politeísta, judaica y cristiana, de igual suerte que su idea de origen deriva de los conceptos de substancia, causa y espíritu fundamentados por sus precedentes; esta serie, que recuerda la progresión histórica de Augusto Comte, teología, metafísica, ciencia, nos anuncia que abocamos á la ley de Justicia, síntesis de la ley de egoísmo y de la ley de amor.

Investiguemos ahora la *teodicea* ó filosofía práctica de los francmasones; este asunto nos lleva como de la mano á la cuestión, objeto principal de este libro, la victoria de la libertad sobre la fatalidad en el trabajo.

LA ESPONTANEIDAD LABORIOSA DEL HOMBRE, ORIGEN DE LA FILOSOFÍA Y DE LAS CIENCIAS.—ALFABETO INDUSTRIAL.

XXXI

¡Extraño fenómeno, del que no cabía dudar ya antes que la presión revolucionaria nos hubiese puesto sobre sus huellas! El problema de la manumisión del trabajo vincúlase con el del origen de las ciencias tan íntimamente, que la solución del uno implica en absoluto la del otro, ambos afirmando una misma teoría, la de la supremacía del orden industrial sobre todos los restantes órdenes del conocimiento y del arte.

He aquí la conclusión de la siguiente tesis, cuya demostración integrará este capítulo:

La idea, con sus categorías, nace de la acción y á ella debe tornar: en otro caso implica la caducidad del agente.

Esto significa que todo conocimiento, titulado *a priori*, incluyendo el metafísico, surge del trabajo y debe servir de instrumento á éste, contrariamente á lo que

enseñan el orgullo filosófico y el espiritualismo religioso, que degeneran la idea en una especie de revelación gratuita, advenida ignórase cómo, y una de cuyas aplicaciones es la industria.

Iniciativa de la idea, privilegio del pensamiento: tal es el doble título que se arroga el espiritualismo que sobre él fundamenta su aversión al trabajo y sus pretensiones á dominar. Empero he aquí también lo que desmienten los significativos emblemas de la francmasonería, casi ridícula desde que, no avanzando su pensamiento, parece no comprender sus propios secretos.

¿Quién no se ha preguntado reiteradamente: Por dónde ha ingresado en la esfera intelectual el hombre, al elevarse de repente por encima del instinto? ¿Cuál ha sido su primer paso, en qué ha consistido el primer acto de su razón? Más propiamente, ¿cómo en el hombre primitivo, el instinto, siguiendo su propio destino, se ha transformado en inteligencia? Opínase unánimemente acerca de este extremo: la inteligencia no es más que el mismo instinto revelándose bajo una nueva forma; es el instinto en evolución, que se reconoce, reflexiona sobre sí, se analiza, se pondera y procediendo con una conciencia cada vez más perfecta, se desarrolla en raciocinio y crea su dialéctica.

Nada más atrayente, en general, que la investigación de los orígenes; empero entre tantas cosas cuyos inicios nos place escudrillar, ninguna nos interesa tanto como nuestra razón.

Si interrogamos á la ciencia sobre sus comienzos, responde mostrándonos sus *elementos*: los sonidos vocales, letras, cifras, figuras, en una palabra, los signos. Su método no va más allá; sus recuerdos no se remontan más lejos.

La lógica adiciona sus conceptos ó categorías, con sus géneros y sus especies, fórmulas generales del pensamiento hablado; total, signos.

Con estos elementos, el hombre inquiere la fenomenalidad exterior y su propia esencia; observa, calcula, estatuye leyes de día en día más generales y cimenta el edificio, nunca rematado de su saber.

Ahora bien; ¿cómo el hombre ha inventado el signo? Quien dice signo, dice abstracción, concepto, y todavía no sabemos más que de la sensación. El signo supone la preexistencia de una idea general que, á su vez, supone la preexistencia de un signo: á lo menos así orientamos nuestros juicios; nada aprendemos de otra suerte. Como Rousseau notaba de la palabra, nos movemos en un círculo vicioso: *El huevo ha salido de la gallina, ó la gallina ha salido del huevo?* ¿Quién desembrollará el misterio?

No paran mientes en esta dificultad los partidarios de la revelación primitiva, cristianos y neoplatónicos ó eclécticos. El hombre, formado del limo por la mano del Creador, ha sido aleccionado por los ángeles, que le comunicaron, con la palabra, las nociones más elementales. Prisionero del cuerpo y encorvado hacia la tierra, el espíritu del hombre nada sabría de sus propias leyes si no se las hubieran enseñado los dioses. Á lo menos, si éstos no le han facilitado conocimientos positivos, lo que no cabe aseverar hoy, ha recibido de sus manos todos los medios de instruirse á sí mismo, desarrollar su inteligencia y subvenir por su industria á sus necesidades: estos medios son las ideas, el lenguaje, y en opinión de algunos, la escritura; en una palabra, según la frase de moda, los signos. Tal era la filosofía de Bonald, tal es la de Reynaud y Lamartine.

Aun luego de probado históricamente este hecho, habría de ser tan enorme que, por respeto del Creador y de la creación, la razón se negaría á aceptarlo: ¿cómo le recibirá cuando no puede apercibir en él más que una vana inducción de la ignorancia?

Sea la que fuere la suerte de esa revelación primitiva, y la juzgue como le plazca nuestro tiempo, el trabajo y la industria no han sido menos regulados en todas las épocas, como si tal revelación fuese un fenómeno constante. El filósofo, el estadista y el sacerdote la han adoptado como punto de partida de sus elucubraciones, instituyendo así la economía social. Igualmente que se reputa al hombre ayuno de justicia en sus orígenes, recibiendo de Dios la ley y de su liberalidad la

virtud, también considérase el trabajador como falto de ideas en sus comienzos, y aprendiendo sus primeras nociones por especial inspiración del Verbo. Huelga consignar qué efectos en orden al trabajador debió causar esta doble decadencia. Tanto vale declararle bestia de carga, ó como Descartes, fundador del espiritualismo moderno, una máquina.

¿Cómo extrañar, pues, que todo el abuso en la sociedad derive de un error de la especulación? Nadie sospechaba en el siglo XVIII que, poniendo una vez más á la orden del día la cuestión del origen de las ideas, reproduciese el problema de la esclavitud.

XXXII

Si el hombre piensa por sí mismo, si produce sus ideas como su derecho, es libre; el salario es una violación de la dignidad humana, la disparidad de las condiciones una anomalía. Radicalicemos más: si la reflexión, y por consiguiente, la idea surge en el hombre de la acción, no ésta de la reflexión, debe el trabajo prevalecer sobre la especulación, la industria sobre la filosofía, lo que implica la ruina del prejuicio y del estado social actual.

La cuestión de los orígenes nos remonta á la hora lejana de la civilización en que el espíritu humano, falto de los recursos científicos, obraba á la manera del espíritu latente que anima la Naturaleza; en que la inteligencia, pronta á lanzarse, no se había despojado aún de las formas del instinto; en que, por tanto, el concepto metafísico, sin el que no hay raciocinio, encubriase bajo la imagen; en que ésta velaba todavía la relación, que, para ser advertida en su plenitud, exige que se analice en sus conceptos la intuición de donde deriva.

¿Qué podíamos esperar en aquel instante del hombre que, á no dudarlo, ya pensaba, supuesto que sentir y ver es pensar, empero que, falto de signos, era incapaz de discernir sus nociones, y por ende de analizar su pensamiento? Solamente actos.

La actividad espontánea, irreflexiva, que no aguarda, en la certeza íntima que tiene de sí misma, la confirmación de la ciencia: he aquí la síntesis, para el hombre primitivo, de la evolución del espíritu. ¿Los fautores de la revelación negarán que los animales, el humilde insecto como el formidable cuadrúpedo, obran y que en esta acción vibra un pensamiento, divino si se quiere, del que no se da cuenta el animal y que denominamos su *instinto*? No exigimos más para el hombre. Los primeros actos de su existencia son puramente instintivos; algunos conservan de por vida este carácter.

La cuestión, pues, redúcese á saber si esta actividad puede impulsar á la razón filosófica; en otros términos, si los actos del hombre, en virtud de su instinto, pueden servir de signos para su propio espíritu, de suerte que sea juntamente, en sí y por sí mismo, por la interrogación de su espontaneidad y la respuesta de su inteligencia, iniciador é iniciado.

Ahora bien; no cabe dudar que ello no debe acaecer así, á reflexionar que la actividad, dirigida por el instinto, plena, saturada del instinto, si se nos permite la frase, es lo que se asemeja más á la inteligencia, ya que los niños no distinguen los actos instintivos de los actos reflexivos, y que es para el salvaje un inagotable venero de fetiquismo. En semejantes condiciones, la actividad aparece como la causa primera de la excitación de las ideas, como el Verbo primitivo que ilumina de repente la conciencia humana. Basta, para que el milagro se produzca, que esta actividad se manifieste, que irradie—perdónesenos estas metáforas—en los actos visibles las ideas invisibles que implica; en una palabra, que hable.

Un símil vulgar aclarará estos conceptos. ¿Niegan los partidarios de la revelación primitiva que un hombre, habiendo recibido una idea, pueda comunicarla á

otro hombre? No, ya que, en su sentir, la dificultad no radica en la transmisión, sino en el descubrimiento, en la primera percepción ó recepción. ¿Como se opera esta transmisión? Por medio de signos. Así instruye la nodriza á su niño. ¡Ah! la transición del pensamiento instintivo al pensamiento filosófico consiste en que el hombre, por su actividad espontánea, se hace signos á sí mismo, excita, por los actos de su instinto, la reflexión de su inteligencia y se constituye en su propio Verbo.

Tal es el fenómeno en su simplicidad. El hombre, dotado á la vez de la espontaneidad y de la facultad de recibir las ideas por los signos dirigidos á su inteligencia, desempeña aquí un doble papel; es maestro, por los hechos y gestos que les inspira su instinto, y que son otras tantas expresiones de sus ideas; es discípulo, por la atención que presta á los actos emanados de una causa inteligente. Presto ampliará esta comunicación personalísima, de él á su semejante; además procurará establecerla entre los objetos exteriores, en los movimientos en los que deberá vislumbrar advertencias, interrogantes, signos. De esta suerte percibirá en el rayo un signo, *nutum*, de Júpiter, aprestándose á interpretarlo.

Esto anula fundamentalmente la filosofía espiritualista, erigiendo al trabajador, siervo degenerado de la civilización, en autor y soberano del pensamiento, en árbitro de la filosofía y de la teología.

XXXIII

Pensamos, no obstante, que en los archivos del espíritu humano hay algo anterior á todos los signos que, desde tiempo inmemorial, sirven de vehículos é instrumentos al saber; algo cuyos signos se ha imitado, cuando no copiado; algo, por tanto, que, producto del instinto,

sirve de primer tema á la inteligencia y determina el movimiento.

Son los primeros instrumentos de la industria, que podemos denominar indiferentemente *Elementos de saber* y *Elementos de trabajo*.

El hombre, ser el más excelso de la serie animal, es también el que, para su subsistencia, debe exigir más á la Naturaleza. ¿Cómo laborará ésta?

Todo se reduce para él á este *cómo*. Según obre, así su esfuerzo será más intenso ó más leve, y triunfará de la fatalidad ó sucumbirá á ésta. ¿Qué le enseñará esa luz orgánica, el instinto, que ilustra á todo animal que viene al mundo, de igual suerte que la razón ilustrará algún día á todo hombre que nazca á la vida mental?

Nos responderá la francmasonería.

Su Dios es denominado ARQUITECTO. Hemos notado ya que este nombre implica la negación de todo teologismo y la sustitución de los conceptos trascendentales de substancia, causa, vida, espíritu, etc., por la idea científica de *relación*, más explícitamente, de EQUILIBRIO.

Empero todo esto significa también que la visión interna á que obedece el hombre primitivo en los actos de su espontaneidad, el ensueño que le impulsa, como dice Cuvier, antes que haya aprendido á gozar, por la abstracción y el análisis, de la plenitud de su inteligencia, no es ninguna de esas concepciones metafísicas que constituirán algún día el martirio de su entendimiento; es una idea sensible é inteligible, sintética, por consiguiente, susceptible de análisis, conforme la ha menester por las circunstancias: relación de las cosas entre sí, igualdad ó desigualdad, agrupación, serie, cohesión, división, ecuación, balanza, etc., es decir, justamente lo que forma la realidad, la fenomenalidad, la inteligibilidad y el valor del ser.

Así el primer pensamiento del hombre, que precede en él á toda reflexión y análisis, es el mismo, empero en el estado de imagen, que aquel que surge de la elaboración filosófica; no podía ser de otro modo. El principio del ser es simultáneo del fin: *Ego sum alpha et omega, primus et novissimus, principium et finis*.

¿Cómo se produce, en los fenómenos de la actividad espontánea, este equilibrio?

Entre todos los instrumentos del trabajo humano, el más elemental, y por tanto, universal, que sintetiza los otros, es la *palanca*, la barra. Es el palo que maneja para apoyarse y defenderse el orangután, con la diferencia, entre éste y el hombre, de que el mono jamás verá en su palo otra cosa que un palo; mientras que el hombre, por la potencia evolutiva de su instinto, descubrirá lo infinito.

Cuanto el hombre realiza, emprende, imagina, puede definirse, bajo el punto de vista industrial, creación de equilibrio ó ruptura de equilibrio. La palanca que utiliza sirve indiferentemente á este doble efecto. Conforme el uso que hace de ella, la materia de que la fabrica y las modificaciones con que la perfecciona, se transforma en instrumento para todos los fines:

Instrumento de represión, castigo, apoyo, barrera, cerca;

Instrumento de aprehensión;

Instrumento de percusión;

Instrumento de división ó sección;

Instrumento de locomoción;

Instrumento de dirección, etc.

Naturalmente, los primeros rudimentos del instrumental humano fueron en número muy exiguo y de una tosquedad digna de la época; empero aun siendo reducidísimos, la idea era una en su principio, variable en sus aplicaciones; en su virtud, aquellos instrumentos constituían serie y hablaban al espíritu.

No pretendemos trazar un índice exacto; sería tan difícil como determinar los elementos naturales del alfabeto ó las categorías del entendimiento.

Empero, supuesto que la literatura comienza por las letras, las matemáticas por las cifras y la música por la gama, ¿no parece que la educación profesional debía iniciarse también por un epítome razonado de los instrumentos más rudimentarios del trabajo, explicados teórica y prácticamente en sus relaciones de identidad y semejanza con sus derivados y equivalentes? ¿No equi-

valdría esto á plantear las bases de una nueva forma de filosofía, para uso de las inteligencias no avezadas á la enseñanza ordinaria, que comienza por la abstracción?

ALFABETO DEL TRABAJADOR

- A. BARRA Ó PALANCA (*estaca, tronco, columna, palo, piqueta*);
 B. GARFIO, BARRA CURVADA (*gancho, grapa, llave, azadón, ancla, espiga, harpón*);
 C. PINZAS (*tenazas, tornillos, combinación de dos garfios*);
 D. LAZO (consistente al principio en un tronco flexible, arrollado en torno del objeto; *hilo, cuerda, cadena*);
 E. MARTILLO (*maza, mazo, piedra de apisonar, muela molinera*);
 F. PUNTA (*lanza, pica, flecha, dardo, aguja, etc.*);
 G. CUÑO;
 H. HACHA;
 I. HOJA (*cuchillo, cincel, sable, espada*);
 J. SIERRA (*lima*);
 K. PALA (*azada, azadón, llana, cuchara*);
 L. PICO (*azadón*);
 M. HORQUILLA (*tridente, rastrillo, carda; punta doble, triple, múltiple*);
 N. RAMPa Ó *plano inclinado*;
 O. RODILLO, cuya sección suministra la *rueda*, que es también la *polea*;
 P. TUBO (*canal, sifón, reguera, chimenea*);
 Q. REMO Y TIMÓN;
 R. ARCO Ó *muelle*;
 S. REGLA;
 T. NIVEL;
 U. ESCUADRA;
 V. COMPÁS;
 X. PÉNDULO Ó *plomada*;
 Y. BALANZA;
 Z. CÍRCULO (*cerco, argolla, nudo*).

XXXIV

Reflexionemos brevemente sobre este alfabeto, que cada cual puede rehacer á su antojo, empero que es acaso más susceptible de reducción que de aumento.

«Nada crea el hombre—dicen muy justamente los economistas—; modifica.» «¿Qué es modificar?», preguntaréis. «Mover.» Ahora bien; el movimiento, impuesto á la materia, no da, por sí solo, á ésta la forma deseada, no constituye el trabajo: precisa que él sea en *relación* con el fin que se persigue, en ecuación con su idea, en medida, en equilibrio. He aquí lo que nos muestra, á primera vista, el alfabeto del trabajador.

¿Qué son, según esto, todos nuestros instrumentos, desde el rústico carro hasta la potencia locomotiva, desde la canoa del salvaje hasta el navío de tres puentes, desde la sencilla polea hasta el reloj de Schivilgné, sino sistemas de palancas de todo género, curvas, en punta, de filo, ruedas, cadenas, resortes, combinados para producir el movimiento, la división, la aproximación, la cohesión, etc., ya laborando, ya destruyendo el equilibrio?

¿Qué son á su vez los productos de este trabajo más que construcciones y adornos de materias talladas, forjadas, torneadas, tejidas, hilvanadas, apiladas, apuntaladas, engranadas, yuxtapuestas, enlazadas, etc., siempre según la misma ley?

El principio que regula la industria es, por tanto, uno é idéntico; nada tiene, desde luego, de metafísico; en su virtud fórmase la imagen: ésta es el principio, sensible é inteligible, de la mecánica del universo.

Afirmada esta idea universal del equilibrio en el ensueño del pensamiento, y no siendo las operaciones del trabajo más que su aplicación, advertiremos fácilmente cómo el hombre ha progresado de la operación

sintética y espontánea á la idea refleja y abstracta: cómo ha fraccionado el producto de su industria, inventado los signos de la palabra y del cálculo, creado las matemáticas puras, formado, nominándolas, las categorías de su mente.

La potencia que dirige la mano del obrero es, en el fondo, la misma que inspira la reflexión del cerebro del filósofo, y no pudiendo la inteligencia despertarse á la idea, á la vida más que sobre un signo mental, urgía de toda urgencia, para que el hombre ingresara en esta carrera intelectual, que fuese impulsado por una serie de operaciones emanadas de él, y que análisis por la multiplicidad de los términos, y síntesis por su conjunto, fuera para él como una manifestación de la misma inteligencia. El hombre, en dos palabras, no podía tener otro revelador, otro Verbo, que él mismo; no podía recibir sus ideas de la Naturaleza, cuyo espíritu duerme y no se exterioriza, solamente del filósofo, más que por sus efectos, no por signos; el hombre, su inteligencia pronta á fantasear, había menester la excitación de una inteligencia alerta: dificultad infranqueable para la antigua psicología, derrotada por la religión mediante su revelación, empero presto vigorizada de nuevo por el simple examen del alfabeto industrial, de caracteres á la vez espontáneos y significativos.

Expliquemos esto, si cabe, todavía más claramente.

XXXV

Es propio del instinto, forma primera del pensamiento, contemplar sintéticamente las cosas; es propio de la inteligencia considerarlas analíticamente. En otros términos, apto ya el instinto para contemplarse á sí mismo, reflexionar, analizar sus intuiciones, y por consiguiente, evolucionar en sus operaciones, constituye

la inteligencia. Únicamente el hombre parece gozar, entre los animados, de esta prerrogativa, lo que significa que sólo él tiene la facultad de concebir la idea abstracta, realmente tal en virtud del análisis. Empero la inteligencia no procede de un impulso, como el instinto: no es, desde luego, más que una facultad adormecida, que no logra la posesión de sí misma más que por amplio ejercicio, y á enérgico requerimiento de la espontaneidad que la precede; en efecto, el hombre tiene también el instinto de su inteligencia. Precisa el espíritu, para ser capaz del análisis, además del secreto sentimiento que le impulse, ser guiado paso á paso, fijarse sobre cada uno de los términos que integran la totalidad de la intuición, reconocerlos unos tras de otros, y por último nombrarlos. Ahora bien; esto es imposible sin una iniciación exterior ó sin ciertas circunstancias particulares. ¿Cuáles fueron éstas para el hombre primitivo? Lo hemos dicho ya, su propia industria. Los dedos obran movidos por el instinto; la inteligencia observa, no puede menos de observar; he aquí el por qué:

El castor edifica su guarida, el ave forma su nido, la abeja construye su panal, la araña teje su tela, todos los animales ejercen su industria conforme un tipo interior, del que nunca se apartan. De nacimiento saben todo lo que conocen de por vida; nada aprenden entre sí; su experiencia no se elabora por acumulación; su saber no aumenta ni disminuye; todas sus generaciones se asemejan. No teniendo nada que comunicarse, no han menester signos; no precisan analizar sus operaciones, expresar por medio de palabras su análisis, formar conceptos, hablar, razonar, deducir de las causas los efectos é inquirir la razón de los fenómenos.

Otro tanto acaeció primitivamente en el hombre, salvando la diferencia de que él no tenía una industria predeterminada, limitada á una construcción única é inmutable. Su genio no es especialista, es universal. Obra según una intuición simple, única, empero sintética, positiva, experimental y de tan amplia comprensión, que sus creaciones no pueden ser uniformes ni

tradicionales; cesaría de entenderse con sus semejantes, no se entendería consigo mismo, si, variando al infinito la aplicación de su idea interior, no aprendiera simultáneamente á tener conciencia, en una palabra, si no la analizara. Ahora bien; esta intuición, que forma el fundamento del genio humano, que de igual suerte constituirá la base de su filosofía, es la misma idea de relación, conveniencia, ecuación, igualdad, acuerdo, equilibrio; la variedad industrial, su resultante, es el acicate que espolea la inteligencia para que despierte de su letargo, engendrando la filosofía.

Así apercíbese claramente en el lenguaje, del que un filósofo harto desacreditado, Condillac, ha dicho que era un *método analítico*; singularmente en el lenguaje primitivo, donde el análisis parte siempre de la idea primera de igualdad, acuerdo, equilibrio, y donde, para expresar que un hombre es incapaz de hacer una cosa ó que carece de energía, genio, talento ó ciencia, dicese simplemente que es *igual ó diverso* á cierta cosa, *par, impar oneri*; que tiene ó no tiene *peso, numus habens*, etcétera. Conforme la intuición fundamental que constituye en sus orígenes el genio humano, toda acción derivada de esta intuición implica á la vez y necesariamente producción y destrucción de equilibrio. Así manifiéstase con preferencia, bajo este último aspecto, la acción del hombre, en el estado de naturaleza, casi reducida á atacar y defenderse.

Resulta que los primeros instrumentos de la industria humana, armas ofensivas ó defensivas, son instrumentos analíticos. Tal expresa la lengua madre, en la que destruir (*destruere*, desconstruir) vale tanto como descomponer, dividir, desunir, separar, disolver, descomponer, disgregar, pesar, en fin, ANALIZAR; de igual suerte crear ó construir es juntar, ligar, unir, igualar, *in-struere*, ó *indu-struere*, de aquí *indu-stria*, *indu-strumentum*, organizar, laborar dentro de sí mismo, *évdón*, por una contemplación interna, á ejemplo de la abeja, de la hormiga, etc., etc., que sin ser aleccionadas por nadie parecen deducir de sí mismas sus ideas y su arte. Todos los vocablos de las lenguas y todas las combina-

ciones de palabra han sido estatuidos según este procedimiento: allí donde su aplicación ha sido imperfecta, según acaeece en los pueblos semitas, faltan los términos abstractos, la filosofía es misérrima, por no decir nula.

Un profesor de matemáticas, amigo nuestro, enseña á sus alumnos la geometría comenzando por la esfera; partiendo del estudio empírico de la esfera, elévase hasta la noción abstracta del plano, de la línea y del punto. Tal es justamente el proceso seguido por el trabajo en la determinación de las categorías y en el descubrimiento de los signos primitivos ó elementos de las ciencias. Los conceptos trascendentales de substancia, causa, espacio, tiempo, alma, vida, materia, espíritu, que erigimos como divinidades en lo más excelso de nuestra mente, son los productos del análisis que hemos verificado de nuestra intuición madre, de las hipótesis y postulados de nuestra experiencia, según ya apuntamos en 1842 (*Création de l'Ordre dans l'Humanité*) (1). Nos atrevemos á decir que en este orden la duda es imposible. Aprendemos la Naturaleza en los fenómenos de la realidad: la idea metafísica surge para el espíritu de la descomposición de la imagen sensible, llevada á cabo por la actividad espontánea; podemos afirmar rotundamente este axioma, toda inteligencia comienza destruyendo: *Destruam et œdificabo*.

He aquí lo que explica cómo la escritura, las cifras, la misma palabra, exigían para ser inventadas la producción previa de fenómenos y órganos que les sirviesen de prototipos; cómo estos órganos, instrumentos de nuestra primera industria, derivaron de la actividad espontánea; cómo el espíritu fué impulsado por ellos hacia el análisis; he aquí por qué las letras del alfabeto, los nombres de los guarismos, las figuras geométricas fueron designados en su mayoría por tales instrumentos, según testimonia la etimología; por qué las raíces de los idiomas presentan entre sí cierto aire de familia que ha movido á pensar durante largo tiempo en una

(1) Versión española publicada por la Casa Editorial Sempere y Compañía, de Valencia.

laguna primitiva, siendo la expresión de la práctica industrial, en todas partes idéntica, en cuyos senos surgieron. Mas brevemente, la inteligencia humana comenzó por la espontaneidad de su industria, progresando al contemplarse á sí misma en su obra.

ENCICLOPEDIA Ó POLITECNIA DEL APRENDIZAJE

XXXVI

Demostrada la primera parte de nuestra tesis: *La idea, con sus categorías, deriva la acción*; en otros términos, la industria es la madre de la filosofía y de las ciencias; demostrada la primera parte, decimos, pasemos á la segunda: *La idea debe volver á la acción*, lo que significa que la filosofía y las ciencias deben tornar á entrar en la industria, á menos que la humanidad se abisme en profunda abyección. Evidenciado este aserto, hállase resuelto el problema de la manumisión del trabajo.

Recordemos ante todos los términos en que ha sido planteada esta cuestión.

El trabajo presenta dos aspectos contrarios: uno subjetivo, otro objetivo, fatal. Bajo el primer aspecto, es espontáneo y libre, principio de ventura: es la actividad en su legítimo ejercicio, indispensable á la salud del alma y del cuerpo. Bajo el segundo aspecto, el trabajo es abominable y penoso, principio de esclavitud y embrutecimiento.

Estos dos aspectos del trabajo son inherentes uno á otro, como el alma y el cuerpo: de aquí dedúcese, *a priori*, que nunca desaparecerá en absoluto del trabajo la fatiga y el disgusto. Empero mientras que bajo el régimen de las religiones la fatalidad esclaviza la libertad,

predominando la repugnancia y el enojo, inquiere: ¿si, bajo el régimen iniciado por la Revolución, sobresaliendo la libertad por encima de la fatalidad, no puede el carácter siniestro del trabajo atenuarse hasta el extremo de que el hombre lo prefiera á todos los ejercicios recreativos, inventados como remedios del fastidio y compensación del mismo trabajo?

Cuestión de vida ó muerte para la Revolución, como todos los problemas que plantea el destino social.

De hombre á hombre, la balanza debe ser siempre en el fiel; así lo exige la Justicia: así lo hemos demostrado, tratando de las *personas* (1), de los *bienes* (2), del *gobierno* (3), de la *educación* (4).

Del hombre á la Naturaleza, más propiamente, de la libertad á la fatalidad, no basta esta ecuación; es menester, so pena de caducidad, que la balanza se incline cada vez más del lado de la libertad.

Igualdad en la condición de las personas, salvando esas leves diferencias que la Naturaleza ha sembrado entre los seres y que la libertad descuida, empero predominio, suficientemente garantido, del hombre sobre las cosas, por el *impulso* progresivo de su industria; he aquí la doble tesis sustentada por la Revolución hablando para todos los trabajadores, y protestando contra la Iglesia en nombre de todas las sectas místicas y aristocráticas.

De ella depende, nunca nos cansaremos de repetirlo, el bienestar de la humanidad, la gloria de su razón, la dignidad de su carácter, la nobleza de sus afectos, la satisfacción de su Justicia. Es la vida humana agitada de nuevo por la misteriosa urgencia del trabajo.

(1) Proudhon, *El Estado. La dignidad personal*.—Ed. Sempere.

(2) Id., *Pobres y ricos*.—Ed. Sempere.

(3) Id., *El Estado. La dignidad personal*.—Ed. Sempere.

(4) En este volumen.

XXXVII

En general, los obreros tienen vivísima conciencia de la posibilidad de mejorar su suerte, no solamente en orden á las libertades políticas y la propiedad, sino también á las mismas condiciones del trabajo.

Empero no se hallan en situación de decir lo que les falta, y consecuentemente, de formular su petición.

Imaginan que podría armonizarse todo aumentando los jornales y rebajando las horas de trabajo; algunos se atreven á balbucear la palabra *asociación*. No han comprendido más de la república de 1848; tampoco han acertado á decir más al Luxemburgo.

De aquí las revisiones más ó menos afortunadas de tarifas, la guerra declarada á los obreros federados, las asociaciones comunistas, y esa *ratio ultima* del trabajador descontento, la huelga.

La crítica ha hecho, desde largo tiempo atrás, justicia á estos lastimosos alegatos.

El aumento de salario, sumado á la reducción de la jornada, y combinando con el empleo de máquinas y la parcelación de las industrias, implica, en el estado actual, una cuádruple contradicción.

Cuanto más se divide el trabajo y se perfeccionan las máquinas, tanto menos vale el obrero; en su consecuencia, menos se le paga y por ende con un jornal más exiguo, aumenta su faena. Esto es fatalmente lógico, no pudiendo impedirlo ninguna legislación, ninguna dictadura. Prodúcese, pues, una baja de jornal; no obstante las huelgas, los reglamentos, las tarifas, la intervención del poder: el patrono dispone de mil medios de burlar la presión de la violencia y la autoridad.

De otra parte, la asociación obrera apenas ha sido hasta ahora, y salvo muy contadas excepciones, más

que un plagio de la comandita burguesa ó de la comunidad morava: misérrimo recurso, cuya impotencia nos ha demostrado presto la práctica.

Urge, por tanto, cambiar de táctica; urge, para regenerar la condición del trabajador, comenzar por restaurar su valor: fuera de esto no hay salvación, créanos los obreros.

Ahora bien; independientemente de las condiciones de la Justicia conmutativa, cuyos principios hemos asentado en otros estudios, en lo que concierne á las personas, los bienes, el poder público y la educación, es indispensable garantizar al trabajador:

Respecto á su persona, una cultura racional y enciclopédica de la industria;

En el taller, una organización de sus funciones sobre el principio de la graduación masónica.

XXXVIII

Todo es absurdo en el actual estado del trabajo, pareciendo haber sido combinado para la esclavitud á perpetuidad del obrero.

Después de haber dividido y subdividido infinitamente el trabajo, en interés de la producción, transfórmase cada una de sus parcelas en el objeto de una profesión particular, que el obrero rutinario, embrutecido, no sabe esquivar. Manumiso políticamente por la Revolución, prosigue siendo siervo de la gleba, en su cuerpo, en su alma, en su familia, en todas sus generaciones, por la distribución viciosa, empero inveterada, del trabajo.

Aun más: como si el ejercicio de una función tan limitada debiese agotar todas las energías de su inteligencia, todas las aptitudes de su mano, háse limitado al aprendizaje de esta fracción la educación teórica y práctica del trabajador. En compensación de este aprendi-

zaje exigese del proletario, como primera fianza, largos años de servicio gratuito, la flor de su juventud, la médula de su vigor. La época más bella y fecunda de la vida del obrero es feudo del patrono que, transcurridos esos días, no puede garantizarle una ocupación constante.

Por lo demás, fundamentado todo sobre esta base, tampoco generalmente se enriquece el patrono: el sudor del mercenario nutre el parasitismo de lo alto á través de los mil canales y tubos del sistema.

Consúmese en años enteros lo que un espíritu ordinario habría agotado en tres días, frecuentemente en breves horas, lo que una mano de otra suerte adiestrada aprendería á ejecutar en algunas semanas. Así, ¿qué se ha logrado, concluso el ridículo aprendizaje?

Suponemos que los maestros han cumplido de buena fe su misión y que los aprendices han aprovechado las lecciones.

Hase educado al hombre en una faena que, lejos de iniciarle en los principios generales y en los secretos de la industria humana, anúlale para cualquiera otra profesión; después de haber mutilado su inteligencia, se la estereotipa y se la petrifica; salvando *lo concerniente á su estado*, que se envanece de conocer, siquiera de ello sólo tenga una débil idea y una raquítica costumbre, se ha paralizado su alma como su brazo.

Durante los primeros años subsiguientes al aprendizaje, la imaginación, robustecida por la juventud, acaricia todavía doradas ilusiones: entonces el trabajador elige compañera y engendra para el sistema que le devora retoños que, á su vez, serán aniquilados por el mismo sistema.

Mas presto hácese sentir la monotonía del trabajo con todos sus sinsabores: el obrero es consciente de su envilecimiento; dícese que no es más que una rueda en el mecanismo social; la desesperación aduénase lentamente de él; su razón, ayuna de una ciencia positiva, pierde el equilibrio; degenera su corazón, y el hombre acaba por abismarse en las quimeras de la utopía, en las demencias del iluminismo y en los furoros de la impotencia.

Hase intentado mecanizar el obrero: todavía peor, se le ha idiotizado y pervertido.

¿Será, pues, paradójico sostener que debe educársele así en la industria, madre de las ciencias, como en todos los restantes órdenes del saber humano; que su educación debe ser íntegra, empleando un método que abarque plenamente el círculo, de suerte que el obrero pueda, á ejemplo del politécnico, elegir su oficio ó profesión después de haber cursado el completo de los estudios congruentes?

Muy cierto que la industria reclama del alumno más tiempo que la gramática, la aritmética, la geometría, la física: porque el obrero no ha de limitarse á ejercitar su inteligencia y proveer de recuerdos su memoria; precisa que sus manos realicen lo que su cerebro ha comprendido: es una educación simultánea de los órganos y del entendimiento, manual y mental.

Empero no es menos indubitable que la industria, análoga á las ciencias, no puede ser parcelada, forzada á la rutina, sin sucumbir: el hombre que, circunscribiendo su mentalidad á una profesión, nada sabe de las otras, que además es incapaz de deducir su oficio de ciertas nociones elementales y formularse la teoría del mismo, aseméjase á quien, habiendo aprendido á escribir su nombre, ignorase las restantes letras del alfabeto.

Todo, en virtud de un método integral, ó nada: he aquí la ley del trabajo y de la ciencia. La industria es la forma concreta de esta filosofía positiva que, al presente, comiézase á inculcar en las almas en sustitución de las arcaicas y gastadas creencias; filosofía profetizada é invocada, hace un siglo, por el genio más excelso de los tiempos modernos, por el padre y principal mantenedor de la *Enciclopedia*, por Diderot.

No hay, lo repetimos, medio posible: ó retrovolvemos al régimen de las castas, hacia el que nos impulsa con todas sus fuerzas un espiritualismo imbécil, ó la Revolución triunfa aquí como en otros órdenes. Imposible fraccionar la idea, podar el sistema de la Revolución, como tampoco cabe amputar el dogma de la Iglesia, admitir una parte de su teodicea é impugnar el resto.

XXXIX

Sinteticemos nuestro pensamiento.

¿Cuál es la intuición fundamental del genio humano?

La idea de equilibrio. Todos los instrumentos rudimentarios del trabajo son variaciones de la palanca: es el fundamento inmovible de toda operación industrial: *Detur mihi punctum, et terram movebo.*

¿Cómo, movida por la espontaneidad, se ha despertado la inteligencia?

Por la práctica inevitable del análisis. Todas las herramientas de trabajo son instrumentos analíticos; toda operación industrial se reduce á una producción ó una ruptura de equilibrio.

La idea abstracta deriva del forzoso análisis del trabajo; y con ella surgen el signo, la metafísica, la poesía, la religión, y finalmente la ciencia, que no es más que el retorno del espíritu á la mecánica industrial.

Hállase trazado, pues, el plan de la instrucción obrera, sin perjuicio de la enseñanza literaria, que se debe facilitar por separado y al mismo tiempo: consiste, de una parte, en iniciar al alumno en toda la serie de ejercicios industriales, desde los más sencillos á los más difíciles, sin distinguir especialidades: de otra, en deducir de tales prácticas la idea que las informa, como en otros días deriváronse de los primeros postulados de la industria los elementos de las ciencias y en guiar al hombre, por la mente y de la mano, á la filosofía del trabajo, que es el triunfo de la libertad. En virtud de este método, el industrial, hombre activo é inteligente á la vez, puede decirse sabio y filósofo hasta las uñas, excediendo en gran parte al sabio y al filósofo propiamente dichos.

La ciencia, en efecto, considerada en sí misma, no es más que un instrumento para el industrioso. Esa sín-

tesis, en simples signos, en algunas fórmulas abstractas, de tantas observaciones, experiencias, investigaciones y esfuerzos, que integra el saber reflejo de la humanidad, tiene por objeto alojar en un cerebro de tres ó cuatro decímetros cúbicos una suma de ideas que de otra suerte no cabrían en una cabeza tan enorme como el planeta. ¿A quién sino al hombre de acción aprovechará este conjunto de conocimientos? Evidencianlo en rotundo nuestras escuelas de *aplicación*, tan estúpidamente reputadas como una continuación de las escuelas teóricas.

¡Ah! ¿No comprendéis que el hombre no posee ninguna industria primitiva, como la abeja, la hormiga, el castor, y que la Naturaleza limitase á sugerirle la intuición de la igualdad, del equilibrio, de la armonía, imagen de la Justicia que venera su conciencia? ¿No comprendéis, decimos, que acaece esto porque ella le predestina á una industria universal tanto más elevada sobre el instinto animal cuando el universo se halla por encima de la mónada?

He aquí lo que no ha visto, ó de lo que no ha acertado á darse cuenta la frenología, graduando el genio según las dimensiones del cráneo; no advierte que la inteligencia es esencialmente analítica; que lleva á cabo y conserva por medio del análisis todas sus conquistas; que, por ende, el volumen del cerebro no se halla de ningún modo en relación con la multitud de ideas, géneros, especies, grupos, series, que debe alojar: basta que la facultad analítica sea intensa; de igual suerte que para talar un bosque no precisa un hacha formidable como una montaña, sino bien tajante.

XL

Deduzcamos las consecuencias.

Reformada según estos principios la enseñanza industrial, cambia en absoluto la condición del trabaja-

dor; el disgusto y la fatiga inherentes á su labor en el estado actual desaparecen paulatinamente ante el placer con que el mismo trabajo recrea el espíritu y el corazón; esto sin hablar del beneficio de la producción, garantido de otra parte por el equilibrio económico y social.

Con una cuerda del grosor del dedo meñique arrollada una sola vez en torno de una estaca ó de un arbusto, puede un niño detener un toro; con una piedra fija en el extremo de un palo lo matará; con una flecha, veloz como su pensamiento, alcanzará el ave sobre el árbol desde cuya copa parece desafiarle; con una palanca tan insignificante como su cuerpecillo, desgajará un peñasco, precipitándolo desde la cumbre al pie de la montaña.

El primero que tal intentó, debió gozar indeciblemente. Es Apolo venciendo la serpiente; ha desaparecido la fatiga; apenas el cuerpo del dios roza la tierra, el desdén hincha su nariz, el genio resplandece en su rostro. El universo huye ante su gesto, empero detiénelo con su mirada, siendo siempre al alcance de su flecha; pierda sus armas y las encontrará de continuo en la palma de su mano.

A cada día un nuevo invento, una nueva victoria. Avanza de triunfo en triunfo; cuanto más multiplica sus obras, tanto más amplía sus dominios y acrece su felicidad.

Los alumbramientos de la industria son las fiestas de la humanidad. La vida más larga, consagrando una hora á reproducir cada descubrimiento, no agotaría la nomenclatura.

¡Oh! si la comunión social, si la solidaridad humana no es una palabra sin sentido, ¿qué puede ser la educación del trabajador, qué será su labor cotidiana, su vida entera, sino repetir incesantemente en sí mismo, adicionándolo con los avances de su inspiración, lo que hicieron sus padres? Estos sembraron en el entusiasmo, él recoge en la felicidad.

¿Por qué, pues, debiendo el aprendizaje ser la demostración teórica y práctica del progreso industrial,

desde los elementos más simples hasta las más complicadas construcciones, y no precisando el trabajo del obrero, peón ó maestro, más que continuar en un orden más amplio lo que comenzó el aprendizaje; por qué, decimos, la vida del trabajador no ha de ser un no interrumpido goce, una marcha triunfal?

No es este placer ese atractivo que debe, según Fourier, brillar, como un fuego de artificio, en medio de las series de los grupos organizados, de las intrigas de la cábala, de las evoluciones del mariposeo.

Es un deleite íntimo, que cabe gustar tanto en el recogimiento de la soledad como entre las agitaciones del taller, y que deriva, para el trabajador, del pleno ejercicio de sus facultades: vigor corporal, destreza de sus manos, energía mental, orgullo del alma por la conciencia de haber vencido las dificultades, domeñado la Naturaleza, adquirido la ciencia y asegurado la independencia; comunión con el género humano por el recuerdo de las antiguas luchas, la solidaridad del trabajo y la participación ecuaníme en el bienestar.

En estas condiciones, el obrero, sean los que fueren su nexa con la creación y sus relaciones con sus semejantes, disfruta la más excelsa prerrogativa de que un ser puede enorgullecerse: existe por sí mismo. ¡Nada común entre él y las innúmeras bestias que consumen sin producir, *fruges consumere nata!* Metamorfosea todo lo que recibe de la Naturaleza: explotando ésta, la purifica, fecunda y embellece; devuélvele con creces sus beneficios. Aunque se le arrebatase del círculo de sus hermanos y se le transportara con su mujer y sus hijos al más lejano desierto, descubriría en sí los elementos de toda riqueza, constituyendo al instante una nueva humanidad.

¿Por qué, entonces, el trabajo, desarrollado y mantenido según los principios de la génesis industrial, satisfaciendo todas las exigencias de variedad, salubridad, inteligencia, arte, dignidad, pasión, legítimo beneficio, que integran su esencia, no habrá de ser, aun bajo el punto de vista recreativo, preferible á todos los juegos, bailes, esgrimas, gimnasias, diversiones y sports, que

la misma humanidad ha inventado para indemnizarse por un leve ejercicio del cuerpo y del alma, de la fatiga é ineptia causados por la condición servil de la labor? ¿No habremos vencido entonces la fatalidad en el trabajo, conforme ya lo hemos verificado precedentemente en la política y en la economía?

ORGANIZACIÓN DEL TALLER

XLI

Argúyese:

El salvaje, cuando no es torturado por el hambre, las enfermedades, la guerra, vive en continua alegría. Es libre; según el grado de su inteligencia, puede titularse rey de la creación; concíbese perfectamente que su instinto repugne cambiar de estado.

Los placeres del civilizado, cada vez que roba á la Naturaleza uno de sus secretos ó que por la espontaneidad de su industria triunfa de la inercia de la materia, son todavía más intensos. Comparando las ventajas é inconvenientes de la vida salvaje y de la vida civilizada, la balanza se inclina incontestablemente á favor de la última.

La idea de que el trabajador goce, en plena civilización, de la independencia edénica y de los beneficios del trabajo, por una educación simultánea de la mente y del organismo corpóreo, que, donándole de la totalidad de la industria adquirida, le garantizase en virtud de esta misma la plenitud de su libertad: esta idea, decimos, es impecable como concepto y de un alcance inmenso.

Todas las especialidades del trabajo humano son funciones, unas de otras: esto transforma la totalidad industrial en un sistema regular, y todas las industrias

divergentes, heterogéneas, sin nexo aparente; esa multitud copiosísima de oficios y profesiones en una sola industria, un solo oficio, una sola profesión, un solo estado.

El trabajo, uno é idéntico en su plan, es infinito en sus aplicaciones, como la misma creación.

Nada impide, por tanto, que se eduque al obrero de suerte que su aprendizaje implique la totalidad del sistema industrial, en vez de comprender sólo un caso particular.

Incontables serían las consecuencias de semejante pedagogía. Haciendo abstracción del resultado económico, modificaría profundamente las almas, cambiando el aspecto de la humanidad. Desvaneceríase todo vestigio de la antigua decadencia, desaparecería el vampirismo trascendental, el espíritu adoptaría una nueva fisonomía y la civilización excedería del globo. El trabajo sería divino, sería una religión.

Empero ¿cómo realizar tan amplio plan? ¿Cómo organizar esta politecnia del aprendizaje, de la que participarán, no algunos privilegiados de la juventud como hoy, sino la masa íntegra de las generaciones: cómo armonizarla con el servicio de los talleres y los campos?

Esta objeción nos lleva á la segunda parte del problema, la organización del taller.

XLII

La dificultad no deriva de la enseñanza en sí misma, ya que es fácil dotarla por doquier del carácter de generalidad enciclopédica que solamente puede garantir, en el estado civilizado, la dignidad del hombre y del ciudadano.

Tampoco procede de los sujetos á educar, cuya agrupación ha de ser relativamente fácil, según la exigencia

de los lugares y con gastos tanto más reducidos para las familias, cuanto que el estudio, aligado con el trabajo efectivo, es susceptible de remuneración.

La dificultad surge de la división del trabajo, división que constituye la mayoría de las industrias y parece por esto incompatible con la variedad de operaciones exigida; que antójase tanto más valiosa cuanto que eximiendo de toda ciencia al trabajador, adáptale aparentemente á las disparidades que la Naturaleza ha esparcido entre los hombres.

¿Para qué serviría, en efecto, una instrucción general, si el aprendiz, ya oficial, eligiendo un estado, debía pasar el resto de su vida en la apatía de un trabajo mecánico, de una subdivisión industrial? Educado para la gloria, habría encontrado sólo el martirio.

Nótese que la objeción no afecta en nada al agricultor.

La agricultura, centro y eje de toda industria, supone en el conocimiento tanta variedad cuanta exige y puede exigir en el trabajo; destinada á ser la primera de las artes, ofrenda á la imaginación tantos atractivos como el alma más exquisitamente artista puede soñar.

Añádase que, explotada generalmente por familias, ofrece la más alta garantía de independencia posible.

Ahora bien; la inmensa mayoría de las poblaciones se dedican á la agricultura. Consultadlas: os dirán que para ser virtuosas ambicionan, con la instrucción suficiente, la propiedad, el crédito, el equilibrio económico, la libertad comunal, la reducción del impuesto y la abolición del servicio militar.

Las pequeñas industrias no ofrecen tantas dificultades. Acumúlanse fácilmente entre sí ó con el trabajo agrícola; lejos de mostrarse refractarias á la enseñanza más amplia, solicítanla para que el obrero pueda, según le plazca, cambiar de oficio y circular en el sistema de la producción colectiva como la moneda en el mercado.

Restan, pues, las manufacturas, fábricas, altos hornos, talleres y astilleros, todo lo que se denomina hoy la *gran industria*, y que no es más que el grupo indus-

trial, formado por la combinación de funciones parcelarias. Aquí, reemplazada la destreza manual por la perfección de las herramientas, inviértense la relación entre el hombre y la materia; no reside el espíritu en el obrero, ha pasado á la máquina; lo que debería implicar el mérito del trabajador, contribuye á embrutecerle. El espiritualismo, demostrando de esta suerte la separación del alma y del cuerpo, puede envanecerse de haber producido su obra maestra.

Vale, pues, tanto como una resurrección la empresa que ha de llevarse á cabo.

XLIII

La iniciación masónica comprende tres grados: *aprendiz, compañero, maestro*.

Todos sirven para el magisterio, porque todos son hermanos; no hay privilegio para nadie. En el banquete masónico, reproducción del antiguo ágape, símbolo de la fraternidad universal, reina la más perfecta igualdad.

Hacemos caso omiso de los treinta grados superiores, enumerados y detallados en *Le Thuileur de l'Ecosisme* (París, 1813, Delaunay). Vanas especulaciones, titúlales este autor, imaginadas por el sibaritismo de algunos ricos de corazón mezquino y cerebro vacío. Todos los principios de la doctrina masónica son incluidos en los tres primeros grados, «que se confieren indistintamente á todo miembro de la sociedad, sin otra condición que la *edad* y las *pruebas*».

Aplicad este principio de la igualdad progresiva de las ceremonias de la iniciación masónica á la realidad industrial; ¿qué descubris?

Los mismos fundamentos del trabajo:

1.º Que debiendo facilitarse á todos integralmente

la instrucción obrera, así en orden á cada especialidad industrial como á la totalidad de las industrias, todo establecimiento de gran producción donde las funciones se hallan divididas es al mismo tiempo, para los individuos que cursan su aprendizaje ó no asociados todavía, un taller de trabajo y una escuela de teoría y aplicación.

2.º Que todo ciudadano dedicado á la industria debe, como aprendiz y compañero, independientemente del servicio público que haya de ejercer, pagar su deuda al trabajo ejecutando una tras de otras, durante un tiempo determinado y mediante un salario proporcional, todas las operaciones que constituyen la especialidad del centro productor, y más tarde tiene el derecho, como asociado ó maestro, de participar en la dirección y en los beneficios.

3.º Que en virtud de la capacidad adquirida en un primer aprendizaje y de la remuneración á que ella autoriza, el joven trabajador debe interesarse por aumentar su cultura y perfeccionar su talento por nuevos estudios en otras esferas de la industria, importándole muy mucho verificarlo así hasta el momento en que pueda establecerse, honrosa y lucrativamente, en una posición definitiva.

En dos palabras, aprendizaje politécnico y ascenso á todos los grados: he aquí en qué consiste la emancipación del trabajador. *Aprendiz, COMPAÑERO, MAESTRO:* tal es el proceso que debemos seguir. Fuera de esto, no hay más que farsa y charlatanismo; tornáis á caer fatalmente, por la esclavitud del trabajo parcelario, abominable y penoso, en el proletariado; resurgís la casta; retrovolvéis, por la insuficiencia de la instrucción positiva, al ensueño místico; destruíis la Justicia.

XLIV

Ignoramos si, en cuanto precede, hemos vertido una sola idea nuestra: creemos habernos limitado á comentar el pensamiento de la Revolución y explicar su filosofía.

¿Acaso no han preludiado para algún fin práctico á la Revolución todas esas asociaciones de francmasones, carbonarios, compañeros del deber, etc.? Ese simbolismo común á ellas, ¿no habrá de integrar algún germen fecundo?

¿De nada ha de servir que la *Enciclopedia* haya sido el monumento más excelso del siglo XVIII, levantado contra el espiritualismo cristiano y cartesiano?

¿De nada que la Constitución anule los privilegios industriales por análogos motivos que los privilegios nobiliarios, y pronuncie la palabra enigmática, empero terrible, del *derecho al trabajo*?

¿De nada que la Convención erija los atributos del trabajo inteligente y libre en emblema de la igualdad y que establezca las escuelas centrales, siempre sospechosas, como la piedra angular de la nueva organización industrial?

¿De nada, en fin, que de la inspiración revolucionaria hayan surgido ante nosotros los sistemas de Saint-Simón y Fourier, luminosas alegorías de una ciencia positiva?

Harto sabemos que las revoluciones no se improvisan. Los cambios políticos, la misma educación son impotentes para transformar una sociedad, para convertir una nación de largo tiempo atrás esclava en un país inteligente, libre y justo: para ello precisa una regeneración de la sangre y de los organismos.

Reputamos licitas cuantas transiciones plazca.

Más aún, suponemos, siquiera de momento, que nuestra especie, en ambos órdenes, físico y moral, es profundamente incorregible y que el hombre será siempre tan perverso de espíritu y de corazón como al nacer, y que, por ende, vivirá todos sus días víctima de la servidumbre social.

Empero ya que nos hemos esforzado tanto por procurarnos gobiernos, policía, leyes; ya que hablamos á todas horas de Justicia y derecho, público y civil; ya que la filantropía del poder lleva su esplendidez hasta ocuparse del niño obrero y de las industrias insalubres, permítasenos pedir que se planteen de una vez para siempre los principios de la educación industrial y del derecho del obrero. Sabemos lo que piensa la Iglesia, asesorada por las sectas místicas; acabamos de enunciar lo que pretende la Revolución. Discútase la cuestión, en su magnificencia soberana, en el Consejo de Estado, en las Cámaras legislativas, en las escuelas, y por orden de los obispos, en los púlpitos. ¡Que, á lo menos, si la miseria moral y mental del obrero no admite remedio, la previsión del legislador no sufra mancilla! Esta situación, en efecto, es insostenible: cualquier aplazamiento sería odioso; sólo pensarlo crispa nuestros nervios. Nunca habremos suficientes argumentos contra las execrables teorías del *statu quo*: á olvidar el respeto que debemos á nuestros lectores, no preferiríamos palabras humanas, sino rugidos de bestia feroz.

CAPÍTULO VI

¿El trabajo será ó no será libre?

LXV

El problema de la manumisión del trabajo, que tanto preocupó en las edades anteriores, crea para nuestra época una situación eminentemente dramática.

Si la justicia fuera para todos, no una idea sin finalidad práctica ó un precepto divino, sino la más rotunda realidad de la existencia;

Si, consecuentemente con este principio, se mantuviese en él fiel la balanza de los servicios y los valores;

Si las energías colectivas, enajenadas en provecho de algunos explotadores, tornaran á sus legítimos propietarios;

Si el Poder social, pretexto de tantas arbitrariedades, se constituyera al fin sobre bases ciertas;

Si la educación fuese igual para todos, fundaméntandose sobre la Justicia, no en el misticismo;

Si el trabajo, en fin, se redimiera por la doble ley del aprendizaje integral y de la admisión al magisterio,

En menos de dos generaciones habría desaparecido todo vestigio de desigualdad. Ignorariase quién era noble, burgués, proletario, magistrado ó sacerdote; las gentes se preguntarian cómo tales distinciones, semejantes categorías han podido existir entre los hombres.

¡Qué revolución de ideas! ¡Qué subversión para los secuaces de la antigua fe!

Expliquemos estos conceptos.

No podría argüirse en pro de la desigualdad la dife-